

## INTRODUCCIÓN

Encontrábame ya en el vehículo que debía conducirme de Nueva York a México, en las primeras horas de la mañana del 25 de mayo de 1940, cuando leí el encabezado de un periódico con el anuncio del primer atentado contra la vida de León Trotski. El hecho me conmovió, pero apenas me produjo sorpresa. Había seguido el tenebroso drama ruso desde sus comienzos —casi puedo decir que asistí a sus inicios en Moscú mismo— y sabía que el viejo líder bolchevique estaba sentenciado a muerte. Eso lo sabía él mejor que nadie. Eliminada sangrientamente toda oposición en Rusia, ejecutados casi en su totalidad los jefes de la vieja guardia bolchevique, Stalin no podía consentir que siguiera con vida su más peligroso e implacable adversario. Lo único que no podía adivinarse era el momento en que lo mataría. Por lo visto ese momento había llegado.

“El chacal del Kremlin”, como había bautizado Trotski a Stalin después de su incalificable pacto con Hitler, estaba más que convencido de que la URSS tendría que enfrentarse, a no tardar mucho, con graves y peligrosas coyunturas. ¿Y en qué condiciones? Con el Estado Mayor político y el Estado Mayor militar decapitados, bajo la infame y calumniosa acusación de haber hecho lo que él se disponía a hacer un poco más tarde. Sus responsabilidades habían sido e iban a ser abrumadoras. Era necesario acallar para siempre la voz acusadora y resonante de Trotski. Aunque a miles de kilómetros de distancia, éste constituía una verdadera obsesión para él. Lo odiaba con un odio vesánico y mortal. Nunca había odiado a nadie tan totalitariamente. Los otros adversarios, guardados en Rusia, habían capitulado totalmente y luego habían consentido en acusarse y en ir a la muerte como a una suprema liberación; éste, el más fuerte, el más brillante, el verdadero jefe después de Lenin por derecho de capacidad y de méritos, no sólo se defendía tenazmente, sino que atacaba, acusaba. Mientras existiera, el triunfo del dictador totalitario no sería completo. No le dejaría concentrar su pensamiento, dictar sus órdenes, sentirse dueño absoluto, dormir tranquilo, fumar su pipa a gusto. Habíase creado un infierno a su medida y aquel terrible enemigo, aunque lejos, encargábase de atizar el fuego día y noche. Además, ¿no estaba escribiendo su biografía? ¿No lo pintaba al desnudo ante el mundo, zafio, brutal, marrullero, lleno de doblez, con sus terribles complejos, precisamente cuando iba a necesitar más que nunca todo su poder y todo su prestigio?

¡No debía terminar ese libro!

¡Había sonado la hora de su muerte! Dió la orden ... Ya hacía tiempo que la G. P. U. la aguardaba

... Trotski salió milagrosamente ileso del primer atentado, pero sólo podía tratarse de una corta tregua concedida por el destino. Hiciera lo que hiciera, sus días estaban contados. Iba a ser el suyo un terrible combate con la muerte. ¿Cómo y por dónde le vendría? Más que la muerte misma, obsesionábale esa terrible incógnita.

Encontré en la capital mexicana un ambiente de aguda tensión emotiva. Se estaba representando en ella el último acto de un gran drama universal: el de la revolución rusa devorándose a sí misma, con el cuerpo a cuerpo entre Stalin y Trotski iniciado en Moscú a la muerte de Lenin. ¿Por qué enrevesamiento de las circunstancias históricas iba a servir México de escenario? Trotski había intitulado el último capítulo de su autobiografía, escrita en Prinkipo: “El planeta sin visado”. Pero para él como para otros muchos naufragos de Europa, el planeta tenía un visado: México, el México del Presidente Lázaro Cárdenas. En un mundo desquiciado y a la deriva, en plena liquidación de sus valores morales y materiales, el general michoacano, de sólido perfil y sobria traza racial, tallado en la cantera de las revoluciones mexicanas, se nos aparecía a los europeos —y sobre todo a los descendientes de los colonizadores— como el padre y el guardián del derecho de asilo. No sólo quería Cárdenas proteger la vida de su huésped más ilustre —más eminente y universal—, sino salvar el honor de su hospitalario país y la independencia de sus instituciones contra la intromisión criminal de una policía extranjera. Por eso había puesto en movimiento a toda la policía mexicana en el esclarecimiento del atentado y hasta parecía dirigir y controlar personalmente y al día la investigación. Para asesinar a Trotski, Stalin tenía que arrollar al mismo tiempo a Cárdenas y violar la soberanía institucional y policíaca de México. De ahí la fiebre emotiva que se observaba en todos los ámbitos del país. Los periódicos publicaban páginas enteras en torno al atentado y a la investigación. Las conversaciones en los centros políticos, en las salas de espectáculos y en los cafés —atestados estos últimos de refugiados españoles—, giraban en torno al mismo. Todo lo demás —incluso la guerra— parecía pasar a segundo término. Mucho hacía el propio Trotski por mantener viva la expectación. Juzgando sin duda que las autoridades mexicanas no podían percatarse bien del fondo



**Julián Gorkin**

político del asunto, llenaba la prensa de escritos sobre la política stalinista rusa, sobre las actividades de los partidos comunistas —y muy especialmente del mexicano— y sobre el funcionamiento de la G. P. U. Se esforzaba por orientar a la opinión pública y por dirigir a la propia policía. No era hombre capaz de desaprovechar una ocasión semejante para propagar sus puntos de vista políticos y para arremeter en sus ataques contra sus enemigos mortales. Englobaba a éstos en el apelativo de “Los Gangsters de Stalin”, bajo el cual debían recogerse en un libro los artículos de éste el más dramático período de su vida. Seguía yo todo esto con gran interés, pero como un simple espectador. No tenía entonces la menor intención de hacer un libro —ni en colaboración ni solo— en torno a estos momentos de la vida y la muerte de tan sugestiva figura histórica, una de las que mejor he tratado de penetrar y conocer.

Cuando empezaba a decrecer un poco el interés sobre el atentado, recibí diversas invitaciones de algunos de los colaboradores más inmediatos de Trotski para que lo visitara en su casa-fortaleza de Coyoacán. Me negué a ello. Me negué por razones políticas y no obstante el interés humano que me sugería el contacto directo con aquel hombre y en aquellos momentos. Conociendo el carácter de Trotski y sus puntos de vista respecto de la recién acabada guerra civil española, en la que yo había jugado un modesto pero bien definido papel, estaba persuadido de que la entrevista nos llevaría a una situación y una conclusión más que delicadas, quizá violentas. Yo no soy ni he sido nunca trotskista, aun cuando otra cosa haya pretendido y pretenda una propaganda sin escrúpulo. Me situé al lado de Trotski —y no me arrepiento de ello— durante la lucha contra la burocratización del régimen soviético y de la Internacional Comunista, pero sin darle mi adhesión personal ni adscribirme a la fracción trotskista. Ya en 1929 decidí romper con el bolchevismo, al que le había dado diez años íntegros de mi vida, para volver al camino del socialismo democrático y libertario en el que persisto. Mantuve no obstante alguna correspondencia con Trotski a su llegada a Turquía, expulsado por Stalin de Rusia. Traduje al español sus libros de aquel tiempo. Más tarde publiqué incluso algún artículo suyo en el diario que me tocó dirigir en Barcelona durante el primer año de la guerra civil. Pero ya entonces nuestras relaciones eran frías y hasta tirantes y polémicas. Sin embargo, cuando se le comunicó la expulsión de Noruega, y antes de que México le abriera generosamente sus puertas, hice gestiones, junto con mi infortunado amigo y compañero Andrés Nin, para que se le permitiera residir en Cataluña bajo la protección vigilante de nuestro partido. Aun sin ser trotskistas —Nin lo había sido antes—, consideramos que constituía un deber elemental ofrecerle un refugio al viejo revolucionario perseguido. Se lo habíamos ofrecido a otros muchos exilados europeos. Afortunadamente para él y para nosotros, las autoridades catalanas no quisieron afrontar semejante responsabilidad. No cabe duda de que él hubiera sido asesinado tres o cuatro años antes, como lo fué Nin y como estuvimos a dos dedos de serlo otros compañeros y yo en el monstruoso proceso que nos montó la G. P. U. en plena guerra civil. ¡Paradójica situación la nuestra! Mientras Stalin nos hacía asesinar bajo la acusación de trotskistas —como si ello hubiera podido constituir materia de delito en España—, Trotski y sus adeptos mantenían una viva polémica con nosotros acusándonos de falta de clarividencia y de audacia en la dirección revolucionaria. Creíanse con derecho a exigir de nosotros, un puñado de hombres sinceros, que cambiáramos el curso de los acontecimientos y la relación de fuerzas en España y en el Mundo. Así era de arbitrario y de absoluto en ciertos juicios el viejo Trotski, no obstante su portentoso talento. ¿Para qué verle en tales condiciones? La entrevista hubiera sido penosa y desagradable y nos hubiera llevado quizás a la ruptura de toda relación personal y humana, cosa que quería evitar en aquellos momentos.

Lo que estaba previsto llegó al fin: fué su asesinato, tres meses después del primer atentado. La G. P. U. había sido la más fuerte. Stalin triunfaba. Esta muerte y las infames condiciones que la rodearon, impulsáronme a salir de mi actitud de simple espectador. Junto con el conocido y honesto socialista francés Marceau Pivert, al que me unía una larga y estrecha camaradería, significué públicamente mi indignada protesta y acudí a velar el cadáver. Después me lancé abiertamente en el esclarecimiento de la verdad. Entré en inmediata y estrecha relación con el Jefe encargado de instruir el proceso, con el Jefe del Servicio Secreto de la Policía de México, con los dos eminentes doctores encargados de estudiar la personalidad del asesino material ... No tengo por qué recatarme en decirlo: les presté mi colaboración benévola hasta donde pude. Nunca me ha atraído la función policíaca, pues he sido con frecuencia víctima de ella: en esta circunstancia mi ayuda desinteresada constituía un deber. Me apasioné por la investigación. Resultaba, en efecto, de un alto y profundo interés. Y tratábase de una batalla digna contra el stalinismo y sus métodos tenebrosos. No hacía, en realidad, sino proseguir un combate iniciado al romper con el Komintern, en 1929, y que tantos sinsabores me había deparado ya. Y aun iba a depararme otros muchos ...

Llegué así a reunir la documentación más completa y directa que existe, gracias sobre todo a la benevolencia del entonces Coronel y hoy General Leandro A. Sánchez Salazar, ex Jefe del Servicio

Secreto de la Policía de México, al que como tal le cupo en suerte dirigir toda la investigación. Compónese dicha documentación de varios centenares de documentos y de folios oficiales, sin contar las fotografías originales y las colecciones de periódicos y los recortes en torno al asunto. Convine con el General la publicación de este libro tal como aparece: él es autor del relato directo de los hechos y yo el autor de los capítulos de comentarios y de conclusiones, así como de las notas explicativas. Juntos trabajamos intensamente, primero en una apartada hacienda del Estado de Durango más y más recientemente en la rica y bellísima zona de Tuxpam, Veracruz, obligados por sus altos cargos militares. Siempre con la conciencia de encontramos ante un hecho de indudable importancia histórica, llamado a cobrar cada día mayor interés —hasta gozar quizás los perfiles de la leyenda— y a suscitar vivísimas y quizá interminables controversias. Por eso precisamente hemos puesto particular empeño en que llegue al público internacional y a la posteridad tal como sucedió, tal como apareció a través de una investigación minuciosa y llena de escrupulosa objetividad.

Añadiré ahora que en torno a esta documentación ha llegado a producirse una situación por demás curiosa. Durante el juicio que condenó al asesino material de Trotski a la pena máxima prevista por la ley mexicana —veinte años de prisión—, su abogado defensor, notorio comunista y alquilón suyo, consignó repetidamente su extrañeza de que hubieran desaparecido del sumario las piezas fundamentales. No las necesitaban los jueces para condenar al instrumento ejecutor del asesinato, contra el que poseían las más completas evidencias. Por otra parte, la prensa de México ha publicado varias veces la noticia de la desaparición completa, “hasta el último vale”, del expediente relativo al asalto de la casa de Trotski y a su ulterior asesinato. Y se le ha venido achacando corrientemente a la G. P. U. No se ha defendido ésta porque ello hubiera equivalido a revelar su existencia en México y porque sabe muy bien a qué atenerse. Lo consigno aquí por primera vez: esa documentación obra en mi poder desde hace más de seis años. Sirve ella de respaldo a la última afirmación hecha por los autores en este libro. Y ha sido depositada con todas las garantías para que no caiga en manos criminales.

Me permito decir que su adquisición y su guarda han estado punto de costarme la vida. Después de los graves peligros como en España, donde logré salvarme casi de milagro —por dos veces se llegó a anunciar y hasta a describir mi fusilamiento—, no han sido menores los que he corrido en México. El 21 de septiembre de 1940 debía tomar parte en un mitin de protesta por el asesinato de Trotski en el Palacio de las Bellas Artes de la capital mexicana. Ya a pocos metros de este suntuoso edificio, monumento en mármoles de la época porfiriana, corrieron algunos amigos a anunciarme que me estaban aguardando cuatro comunistas bien armados y con idea de asesinarme. Unos minutos más y hubiera caído acribillado a balazos. Durante el mes de noviembre del mismo año fui víctima de diversas tentativas. Ocupaba yo entonces en Coyoacán, con varios amigos y compañeros, la misma casa del pintor Diego Rivera que ocupara Trotski desde su llegada a México y antes de su ruptura con el famoso muralista. Ya para entonces debía tener conocimiento la G. P. U. de que yo poseía esa valiosa documentación. Y puso todo su empeño en hacerla desaparecer y en que desapareciera yo al mismo tiempo del mundo de los vivos. Dos veces intentaron penetrar en mi casa siete agentes guepeuistas: una haciéndose pasar por policías mexicanos y otra por periodistas y fotógrafos. A poco vinieron a buscarme dos tipos en un automóvil “de parte de Albert Goldman”, abogado neoyorkino de Natalia Sedova, viuda de Trotski. Afortunadamente había convenido con él la manera de comunicarnos y no caí en la trampa. Pues se trataba, claro está, de dos agentes de la G. P. U. Otra vez, en una calle solitaria de Coyoacán, las mismas siete personas antes citadas trataron de cercarme y de meterme a la fuerza en un inmenso automóvil con el motor en marcha. Me salvaron de un rapto mi diligencia y mi sangre fría. Y en la noche del 30 de noviembre del mismo año, los mismos individuos intentaron entrar violentamente en mi casa por dos veces: una hacia las ocho de la noche y otra hacia las dos de la madrugada. Disponíamos mis amigos y yo de un regular arsenal de armas y nos aprestamos decididamente a la defensa. Años más tarde, con motivo de otro mitin, invadieron el local un centenar de comunistas, me abrieron la cabeza y me hubieran asesinado seguramente a no ser por el valor demostrado en la batalla por varios compañeros y amigos. Salió también con la cabeza rota mi compañero Enrique Adroher (Gironella). Los asaltantes se llevaron una buena docena de heridos y setenta y dos más quedaron detenidos. Puedo decir que las campañas y las amenazas contra mi persona —y contra las del escritor Víctor Serge y el profesor Marceau Pivert— sólo parecen haber cedido durante estos últimos meses. Diversas veces he debido ocultarme por consejo de la policía y por acuerdo de mis compañeros. Una vida así no está exenta de emociones. Claro está que todo esto no ha modificado en nada mi manera de sentir y de pensar ni mi propósito de proseguir la lucha contra la turbia política y los infames métodos de stalinismo. Quiero consignar aquí mi gratitud a los compañeros que en tales momentos unieron su suerte con la mía: Pivert, Gironella, Leandro Austrich ... Y una mujer mexicana, pequeña de cuerpo pero grande por sus espontáneos y valerosos sentimientos:

Cristina Kahlo, cuñada de Diego Rivera y ex acompañante de los Trotski.

El propio libro de Trotski sobre Stalin, editado ya hacia el mismo tiempo, no ha podido salir de las bodegas donde quedó oculto hasta un año después de esta precaria paz que vive el mundo. La verdad, como los productos de la tierra, tiene que esperar su turno y su sazón para poder germinar. ¡Pobrecita, sometida a los oportunismos y a las trampas de los estadistas y de sus diplomáticos! Parece que esa verdad sobre el asesinato de Trotski ya vuelve a ser oportuna y aprovechamos la circunstancia para darle suelta. Nos permitimos creer que este libro, absolutamente documentado y objetivo, constituye una demostración clara y desnuda del poder universal, de los métodos tenebrosos y de los peligros tremendos que representa la tristemente famosa G. P.U., rebautizada con el nombre de N.K.V.D. Con uno o con otro nombre contribuye a emponsoñar el aire que respiran los hombres.

Julián Gorkin

Mexico, D. F., 1º. de Julio de 1947.